

# Lágrimas testarudas

-Para un dossier sobre la pena del gitano-

Félix Grande



**D**ON Antonio Machado y Alvarez, enorme padre de poetas, hace ya casi un siglo llamó a las siguiurias «lágrimas del pueblo gitano». Por varias causas esta definición es acertada. Una: nada más parecido a un llanto mordido que la siguiuria gitana. Incluso en la estructura de esta música parece haber no un llanto descompuesto: un llanto testarudo, un llanto rítmico, obsesivo, casi amenazador: la dominante, ese tono desesperado y lúbrico que en la quinta de la guitarra más que sonar parece llamar a una puerta, es como el vaivén de una lágrima que llamara, puntualmente, inexorablemente, a la puerta de la piedad. Pero no llama como pidiendo una limosna, sino como recordando un derecho.



**O** quizá deberemos caer en la cuenta de que todo el que pide una limosna está, lo sepa o no, reivindicando un profundo derecho, y tratando de despertar una profunda obligación. Todo esto se halla implícito en aquel nombre que les puso **Demófilo** (Machado) a las siguiiriyas gitanas. Las siguiiriyas son testarudas lágrimas (**Demófilo** escribió «verdaderas») que caen como sobre una puerta. Una puerta cerrada. Las está derramando (o quizá disparando) el cantaor. Primero, en nombre propio. En el fondo, en nombre de su pueblo. Hace ya casi un siglo que lo escribiera un folklorista (es decir, un gran oído atento a los lenguajes de los pueblos) y todavía ese nombre parece recién puesto. Como si el tiempo no se hubiera movido. Tal vez no se ha movido. Si se miden el número y la densidad de las lágrimas de los gitanos del siglo pasado y se miden el número y la densidad de las lágrimas de los gitanos actuales, puede pensarse que el tiempo los ignora, los desprecia.

En cuanto a los gitanos, la palabra es desprecio, y el tiempo se ha quedado quieto consintiendo que todo talante dominante, que toda la descendencia obscena del Poder, cometa con el pueblo gitano la obscenidad más nauseabunda: no la del odio, sino la del desprecio. Francesc Botey ha visto con claridad esa sustancial diferencia: «Si he dicho que la segregación gitana es la más pura, quiero decir que su sentimiento base es el desprecio más genuino y sin mezcla. El odio puede buscar un terreno apto para medirse en lucha, y todo lo que se presente como poder engendra una componente de odio. El judío era despreciado, pero también era odiado [el judaísmo se presenta como poder]. El negro americano ha sido reducido a caricatura (...) pero a medida

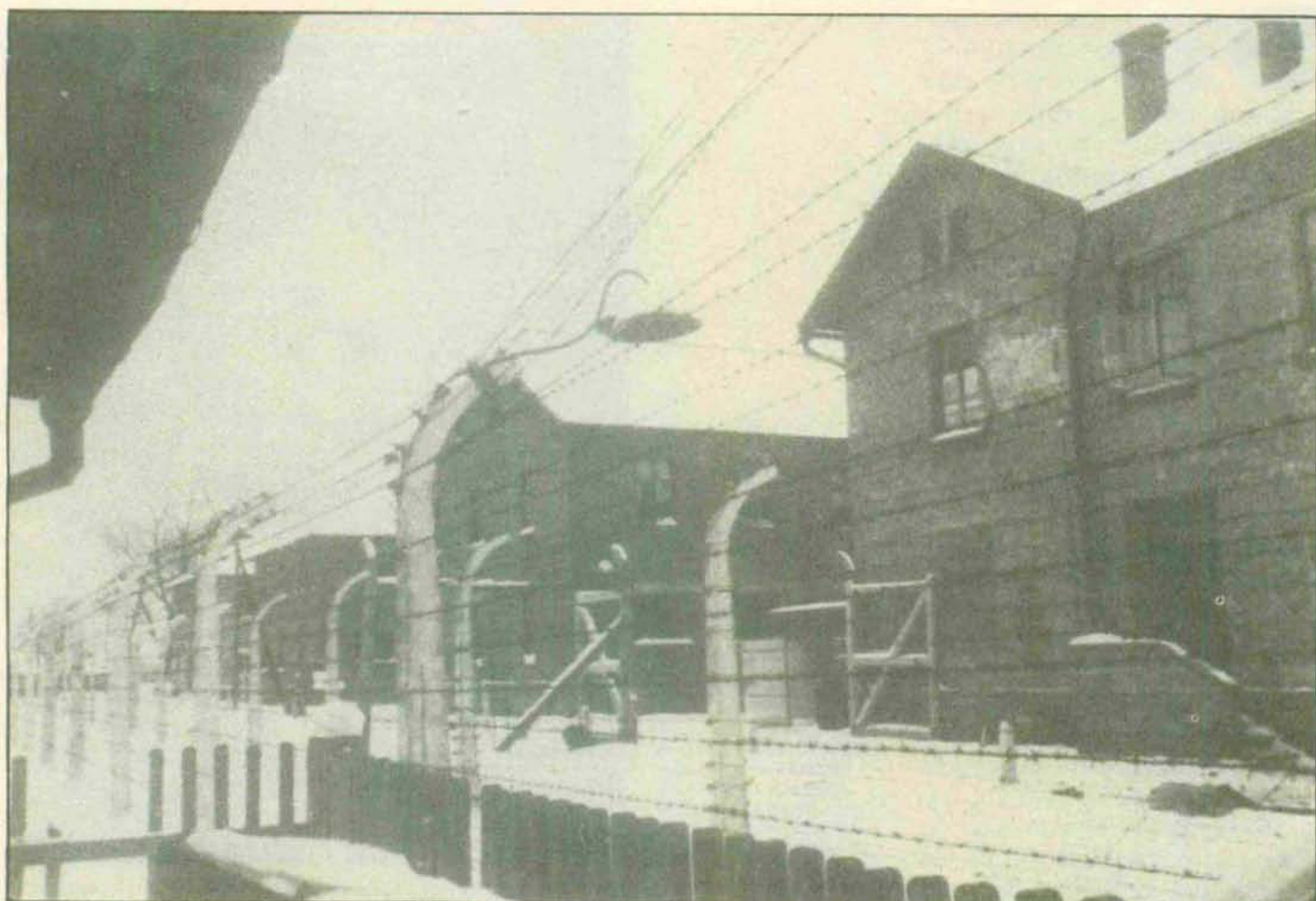
«Cuando en Birmingham, en 1970, nos desplazamos más de cuarenta gitanos, procedentes de casi todo el mundo para protestar por los atropellos de que habían sido objeto unos gitanos ingleses por parte de la policía, por cuya causa tres niños murieron carbonizados en el interior de una caravana a la que se prendió fuego, tuvimos también un recuerdo por las víctimas de aquel fanatismo nazi». (Texto de un libro de Ramírez Heredia).



que aumenta su beligerancia en las decisiones públicas de Norteamérica, va siendo odiado. La expresión más adecuada del odio es la guerra, pero contra el gitano no cabe ninguna clase de guerra en ningún orden». ¿Qué guerra librar contra un pueblo que no supone una amenaza, que incluso ni siquiera protesta de manera inquietante? Protesta, por ejemplo, llorando. Por ejemplo, llora por siguiiriyas. ¿Pero quién temería a una música que se encuentra precisamente al otro borde de los himnos de guerra? Nadie teme a la limosnera. Nadie teme a la lágrima. Nadie teme a la música. Y está bien que así sea. La verdadera música llama a la puerta para que el amor, no el odio, salga a abrir. Ya muchas veces he pensado que la negativa a aceptar el flamenco como música verdadera contiene, además de ignorancia, una notable aleación de desprecio. Ya muchas veces he pensado que si los cantes flamencos hubieran nacido no en la despreciada

Andalucía, sino en la temida Alemania, o en el seno de temidas culturas dominantes, y hubiera dispuesto de mecenas poderosos, de príncipes encaprichados, de ministros dispuestos a sancionar el ser de tales músicas con su alta aprobación y hasta con ayudas y presupuestos, entonces, si no la emoción, al menos la pedantería no consentiría a nadie despreciar al flamenco. Y los Estados tratarían al creador de cantes como vienen tratando al músico: con distanciados mecenazgos (siempre ha de quedar claro quién es el poderoso), con muy probable olvido de su persona, y celebrando su muerte y sus aniversarios con una infección de discursos y estatuas. Pero el flamenco no ha nacido al calor de los Estados ni las culturas dominantes. Ha brotado de un pueblo despreciado, que a veces es gitano, a veces andaluz de abajo, y siempre en una geografía ante la que, desde hace cinco siglos, los Estados no se desviven. En los sucesivos





Panorámica del campo de exterminio de Auschwitz, en donde numerosos gitanos fueron asesinados con gas Ziclón B.

repartos de hambre y prorrates de olvido Andalucía viene invariablemente sufriendo la mejor tajada. Así ha venido siendo, así continúa siendo. Tanto olvido llega a parecerse al desprecio.

Respecto a los gitanos, tanto desprecio llega a ser olvido. No escribo estas palabras para obtener un correcto endecasílabo. Las escribo porque realmente los gitanos han sido víctimas de un olvido excesivo, incalificable —que alguna vez habremos de calificar. Oigámosle a Botey decir cómo existe «la sensación de que con el pueblo gitano todo es lícito, porque nadie después pedirá responsabilidades. Ni siquiera su genocidio adquiere relieve en el proceso de Nuremberg, que, por otra parte, dedica tantas páginas al problema judío». ¿Nuremberg? ¿Qué sabemos de Nuremberg? Que allí fueron juzgados algunos nazis criminales de guerra. ¿Qué más

sabemos de ese asunto? Que los nazis asesinaron millones de judíos. ¿Y no sabemos nada más, no estamos olvidando nada? En un libro de Juan de Dios Ramírez Heredia encontramos otra frase chocante: «Cuando en Birmingham, en 1970, nos desplazamos más de cuarenta gitanos procedentes de casi todo el mundo para protestar por los atropellos de que habían sido objeto unos gitanos ingleses por parte de la policía, por cuya causa tres niños murieron carbonizados en el interior de una caravana a la que se prendió fuego, tuvimos también un recuerdo por las víctimas de aquel fanatismo nazi». ¿Por qué un gitano asocia a unos niños carbonizados en 1970 y en Birmingham con un horror mundial que ocurrió hace más de tres décadas y lejos de Inglaterra? A este olvido es al que he denominado más arriba como incalificable. Pues, de algún

modo, ese olvido prolonga una ignominia. O medio millón de ignominias.

Los individuos de mi generación hemos leído una gran cantidad de documentación sobre aquella barbarie antisemita. Incluso los analfabetos saben cómo fue aquello: la radio, la televisión, la tradición oral se han encargado de que nadie ignore lo que es peligroso ignorar. En consecuencia, la mayoría de nosotros sabemos ya, tras la magnitud de la bestialidad cometida con los judíos, que se produjo una bestialidad contra millones de personas. El horror hizo que al pensar en judíos gaseados pensáramos en nosotros mismos; y a nosotros, no hay duda, nos pensamos como personas. Si el judío pudo haber sido el **otro**, ahora ya no lo era: ardía como hubiera ardido nuestro padre, se vaciaba de su singularidad y dejaba al desnudo a una persona como tú,

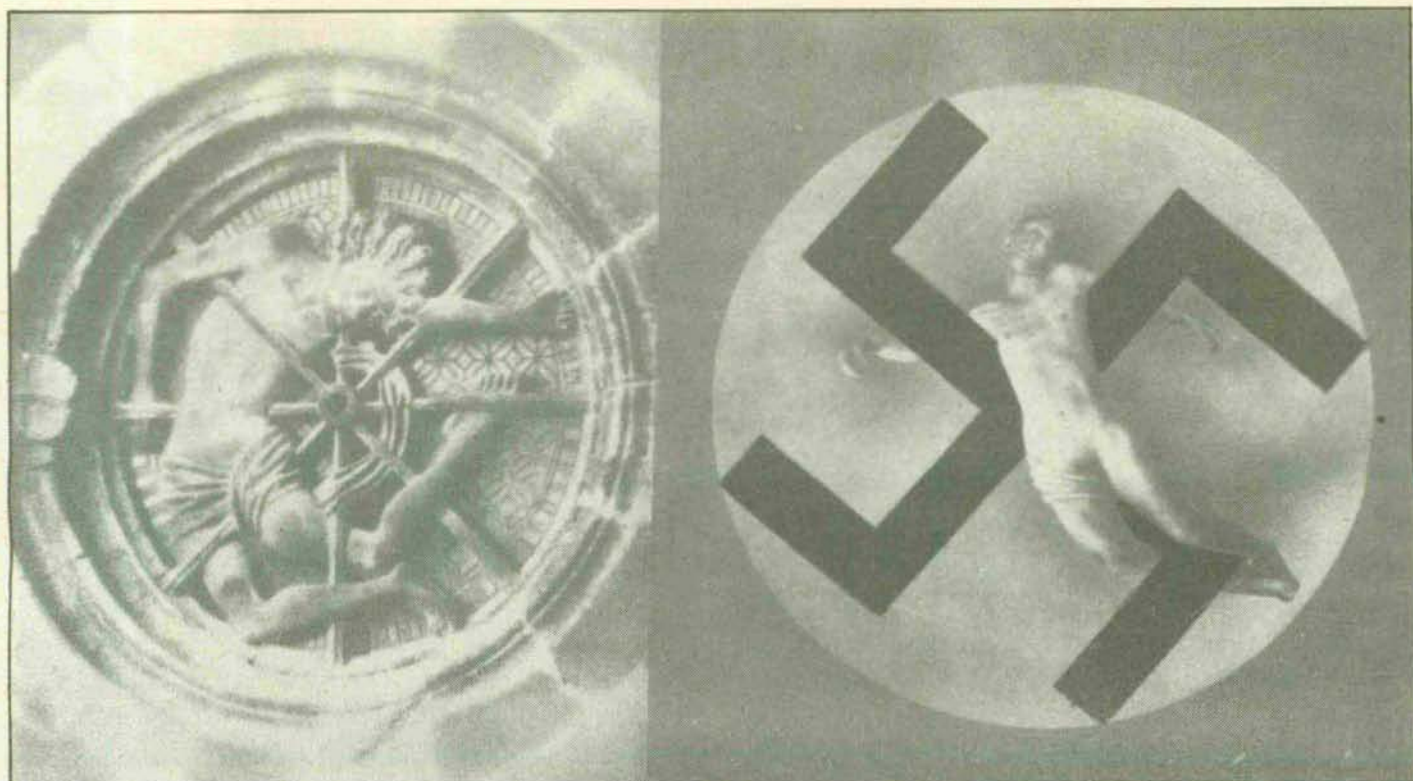


incluso como yo. Mediante el horror de pensar lo que era poco menos que impensable el yo y el otro comenzaban a confundirse y a ser una empresa común. Súbitamente todos podíamos ser judíos y nadie en realidad lo era. ¿Pero cuándo ha ocurrido que todos sintamos el temor de ser tratados como gitanos? Nunca: nuestro olvido borra su infierno, aleja sus padecimientos de nosotros, nos deja a cubierto. Mediante el olvido, nosotros continuamos siendo personas (obviamente, es una metáfora) y los gitanos siguen siendo gitanos. «Y sin embargo [apostilla Botey], el exterminio de medio millón de gitanos continúa siendo el exterminio de medio millón de personas». La pregunta concreta es ésta: ¿cuántos de nosotros sabíamos que en la Segunda Guerra Mundial fueron asesinados por los nazis quinientos mil gitanos?

Los medios de comunicación, tan formidables, no nos comunicaron esto. Los informadores, muchos de ellos llenos de amor y rabia emocionantes, no

nos informaron de esto. Y cuando los medios de comunicación empiezan a olvidar, la tradición oral se encarga de mantener bien tensa la memoria de todos: ¿qué tradición oral nos pidió que no olvidásemos un genocidio de gitanos? Ninguna. Es así de simple. Ninguna. Mediremos el escándalo de ese olvido arrimándole algunas cifras. En la guerra civil española los muertos fueron aproximadamente un millón, para una población total veinte veces mayor. La población total gitana en Europa es hoy unas diez veces el número de gitanos muertos durante el nazismo: con el agravante de que en nuestra guerra civil hubo combates y héroes en ambos lados, y asesinos en ambos lados, en tanto que en aquella masacre de gitanos todos murieron indefensos. Es decir: ante los nazis cayeron, proporcionalmente, el doble de individuos gitanos que el número de españoles caídos en ambos bandos en la guerra civil, o, lo que es lo mismo, habría que pensar que en nuestra guerra civil hubieran muerto el do-

ble (de millones) de cuantos murieron, todos del mismo bando, desarmados, y aplastados por un adversario (la palabra no es la correcta: los nazis no eran adversarios de los gitanos, simplemente sus asesinos) infinitamente más fuerte. Además: no nos habrían aplastado porque éramos temibles, ni ricos, ni subversivos, sino por ser algo así como nada. Lo que hay que imaginar es esto: si los españoles de 1936 hubiéramos sido pobres, inofensivos, absolutamente desarmados (a quien en este instante recuerde las navajas de los gitanos hay que decirle que aquí estamos hablando en serio) y unos seres poderosísimos hubiesen venido a exterminar a dos millones de nosotros (y a sólo dos millones porque los genocidas no habrían tenido tiempo de aniquilar a todos), y concluida la masacre casi nadie en el mundo se hubiera ocupado de esa abominación, ¿cómo nos sentiríamos? ¿Cómo nos sentiríamos en tanto que seres humanos? ¿Cómo nos sentiríamos en tanto que españoles? ¿Cómo



En 1938, el Dr. Lammers, ministro del Reich, recibía un documento en el que se le recomendaba «velar para que [los gitanos] no puedan reproducirse...».



nos sentiríamos **en tanto que** gitanos? ¿Qué pensaríamos de la moral del resto de la especie humana? Exactamente eso es lo que tienen derecho a pensar sobre la especie humana los gitanos sobrevivientes. Cuando mencionemos a su desconfianza, su famosa desconfianza, tratemos de recordar todo este escándalo, estas cifras tan elocuentes, estas simples preguntas. Si no lo hacemos, alguien podrá juzgar nuestra moral. Por ejemplo, un gitano.

En lo que cabe a España, el asunto fue de otro modo. El número de páginas escritas sobre aquella repugnante desgracia que llamamos guerra civil no baja de millones. El número de horas dedicadas por las emisoras del mundo no baja de millones. La tradición oral ha dedicado cuatro décadas a mantener viva la memoria —es decir, la moral— de todas las gentes de la Tierra. Hemos sido privilegiados: sabemos que la especie humana siente cariño por nosotros. Tuvimos una gran desgracia y todas las gentes de la Tierra, debidamente infor-

madas de ella, nos miran en el mapa y exclaman: tuvieron una gran desgracia. En cuanto a los judíos, no ignoramos el océano de estudios, recordatorios, libros, emisiones, films, monumentos, poemas, músicas y conmemoraciones que vienen disputando al olvido en torno al escándalo aquel. Tu vieron una gran desgracia y el mundo entero la recuerda y dice: fueron horrendamente desgraciados. Por el contrario, para saber algo del genocidio nazi antigitano hay que buscar la escasa información que se extravía entre una espesa red de desmemoria. Y sólo así sabremos que el historiador Leon Poliakov calcula que los gitanos varones y hembras, ancianos y niños, exterminados por los nazis fueron medio millón. Que fueron cazados y aniquilados a campo abierto en Polonia y en Rusia, en Lituania, en Letonia, por los Grupos de Acción (**Einsatzgruppen**), o gaseados con zyclon B en Auschwitz o con gas monóxido en Ckelmo y en Treblinka. Que murieron también en los campos de exterminio de

**Birkenau, Maidenek y Buchenwald.** Que un comandante de Auschwitz gaseó dieciséis mil gitanos en una sola noche. Que los supervivientes de esa raza fueron sólo un tercio en Letonia, **una décima parte en Alemania.** Que cuatro mil gitanos fueron exterminados en los bosques de Polonia oriental; los adultos, fusilados; «a los niños se les destrozó la cabeza contra los troncos de los árboles». Que, en fin, en la Alemania nazi fueron tratados igual que los judíos: tuvieron, como escribe Jean-Paul Clébert, «junto a los judíos, el triste privilegio de ser **vedettes**».

En efecto: los gitanos comenzaron a ser internados en campos de concentración mucho antes de estallar la guerra. Fueron sometidos a las famosas «investigaciones biológicas» con que los biólogos nazis llenaron de repugnancia a casi todos los restantes miembros de su profesión en el resto del mundo. El Reichsführer, durante un tiempo, y antes de la «solución final», pensó en «asegurar la



Chabolismo en el Barrio de la «Perona», Barcelona. (Foto César Russ).



conservación de las dos tribus gitanas más importantes» (son palabras de Rudolf Hess) por considerarlos descendientes de «la raza indogermánica primitiva», a cuyo fin promulgó una llamada Ley de Protección a los Monumentos Históricos (sic), que permitía cazar a los gitanos como a ratas, aislar a algunos de ellos y someterlos a observación y tratamientos «científicos». A partir de 1938, ya con hipocresía menor, el Comisario para la Consolidación del Germanismo, «emprendió la esclavización y destrucción de los judíos y de los gitanos» (Clébert). En ese mismo año fue cursada una carta de la que no es ocioso seleccionar algunas líneas; estaba escrita por un miembro del Partido Nacional-Socialista alemán de la provincia de Estiria y dirigida al Dr. Lammer, ministro del Reich, y en ella se recomendaba «velar para que [los gitanos] no puedan reproducirse, y someterlos a la obligación del trabajo forzado en los campos de trabajo» (es decir: de concentración). Como en *L'Allemagne et le génocide* escribiera Billig (tomo la cita del libro de Clébert), «se empieza por medidas sociales restrictivas; se hacen pruebas de esterilización, y se termina en las cámaras de gas de Auschwitz». El proceso seguiría exactamente esas etapas. Tras el internamiento en campos de concentración, la esterilización, la «investigación biológica» y otros desmanes, serían gaseados. Y anoto todos estos datos con el temor de que el lector pudiera suponer que estoy juzgando la Alemania nazi. No es así. Al nazismo ya lo juzgó la historia. Lo que la historia no ha juzgado todavía es la desproporción con que distribuimos nuestro horror: el poco, por no decir ninguno, horror que hemos dedicado al exterminio de gitanos en la Segunda Guerra. Lo que la historia aún no ha juzgado es nues-



13 de enero de 1970 un niño gitano de cuatro años desapareció en las aguas del Manzanar... (Foto Rafael Barbajero).

tra desmemoria. Es la inmoralidad de nuestra desmemoria\*.

\* *Deberemos establecer una profunda relación entre la memoria y la moral. Aquí vemos un caso extremo de hasta dónde el olvido es una desvergüenza. Y una complicidad con la posibilidad de la repetición de las infamias. En el número del semanario Triunfo correspondiente al 8 de julio de 1974 leo un artículo de Fernando Lara en el que se transcribe un elocuente párrafo aparecido en el boletín número 50 del Círculo Español de Amigos de Europa (CEDADE): «No hay alternativa: o social-racismo o muerte. Los individuos inasimilables, tales como judíos, negros y gitanos, deberán quedar sujetos al estatuto de extranjeros». Algo más de dos años después aparecerá en Vélez-Málaga un autodenominado Partido Racial Democrático (sic), cuyo propósito es, por ahora, la expulsión de los gitanos españoles. En un suelto aparecido en El País el 24 de junio de 1976 leemos: «Ultimamente han proliferado en Granada pintadas pidiendo la expulsión de los gitanos de España, firmadas por el denominado Partido Racial Democrático, que, sorprendente, no han sido borradas». Una llamada de atención sobre estos hechos publicaría el 9 de septiembre de 1976 en El Faro, de Ceuta, el flamencólogo Francisco de la Brecha, bajo el título de Racismo. Esa página nos informa de que el PRD inició sus actividades en Vélez-Málaga con simples pintadas. Después, en Granada, miembros de ese partido despegaron y tacharon carteles de Camelamos naquerar («una encendida queja del pueblo gitano — escribe De la Brecha —, presentada amorosamente por el gran bailaor Mario Maya y escrita por el licenciado en Letras Pepe Heredia, calorrés ambos»), y sabo-*

Sin olvidar que el porvenir puede nacer en el pasado, acerquémonos ahora al presente de los gitanos españoles. Salvo un muy bajo número de ellos que lograron huir de la miseria por la puerta del flamenco y salvo unos cuantos anticuarios, o propietarios de pequeños comercios, o representantes de algunas marcas comerciales, y pocos más, toda la población gitana española vive en condiciones precarias o más que precarias. Parte de esa población, bajo la presión de los procesos sociales, abandonaron definitivamente sus ocupaciones tradicionales (la forja, el chalaneo, la cestería), para perseguir algunos puestos de trabajo, generalmente con carácter temporero, siempre en oficios no espe-

tearon el espectáculo. «Camelamos naquerar», traducido a nuestro idioma significa textualmente «Queremos hablar»; el PRD no está dispuesto a consentirlo. Durante el Corpus granadino de ese mismo año, la campaña antigitana se hará más violenta, el asunto desborda la Prensa local y salta a la Prensa de Málaga, Sevilla y Madrid. La Taberna Gitana, de Málaga, bajo amenazas del PRD, cambiará de nombre. Alguien que en su nombre artístico había puesto la palabra «Gitano», también bajo amenazas del PRD la sustituirá por «Flamenco»... Ya está sembrada la semilla.





«Chabola significa insectos, ratas, barro en invierno, posible hundimiento en época de lluvias, carencia de todo tipo de servicios...».

cializados y, muy a menudo, ganando sueldos inferiores a los que ganan los payos en iguales ocupaciones, sueldos que en todo caso son de hambre. Como ya ha dicho por escrito el gitano José Heredia Maya, la integración únicamente se da a nivel de suburbio. Y aun para optar al suburbio el gitano puede chocar con dificultades de que carece el payo suburbial. Sobre esta y otras cuestiones facilitaré aquí, sin otro orden que el de una cierta sucesión cronológica, algunas cifras, anécdotas, porcentajes. Ese lenguaje que llamamos el de los hechos objetivos y los datos concretos tiene suficiente elocuencia.

Elocuente es, por ejemplo, este párrafo de Botey: «...alrededor de cuarenta familias [gitanas] fueron trasladadas de unos barracones provisionales a barracas del Campo de la Bota recién desalojadas. Efectivamente, unos cuantos días antes un

número igual de familias [payas] habían abandonado el suburbio y pasado a vivir en pisos de reciente construcción. Era en Barcelona, el 17 de diciembre de 1967. Colchones, ropas, muebles que transpiraban pobreza, honda pobreza, a guisa de espectáculo. Pero por encima de todo se marca la actitud amarga del vecindario payo. Si he tenido la osadía de escribir el nombre de mi barrio no es para singularizarlo en el pecado; es sencillamente porque un hecho tan concreto tiene, sin embargo, una dimensión general: la vigencia de los 'estereotipos'. Los vecinos miraban desde lejos, con rabia; las mujeres lloraban de despecho. Se sentían rebajados si admitían a aquella 'gentuza': los nuevos vecinos eran gitanos. ¡Qué vocabulario podría haberse recogido aquella mañana para una antología del desprecio!».

En un artículo de Arévalo sobre

la problematización de la integración gitana en la cultura paya nos enteramos de que, al parecer (aunque con pocas dudas), unas de casa payas de un poblado de chabolas de Barcelona destruyeron una barraca-escuela de niños gitanos. En 1968 «todos los gitanos de Andújar tuvieron que abandonar el pueblo porque alguien les hacía la vida imposible. Gitanos, ellos, de varias generaciones y aceptados por la población, y sin ser acusados de nada» (Botey). Los periódicos de una mañana de noviembre de 1970 informaron de la muerte de un niño gitano de dos años de edad con la masa encefálica destruida por un disparo: «varias patrullas de la fuerza pública irrumpieron en un campamento gitano cerca del madrileño Puente de los Franceses. Disparos, fuga de gitanos, zapatos, calcetines y piezas de loza diseminados en la hoja-



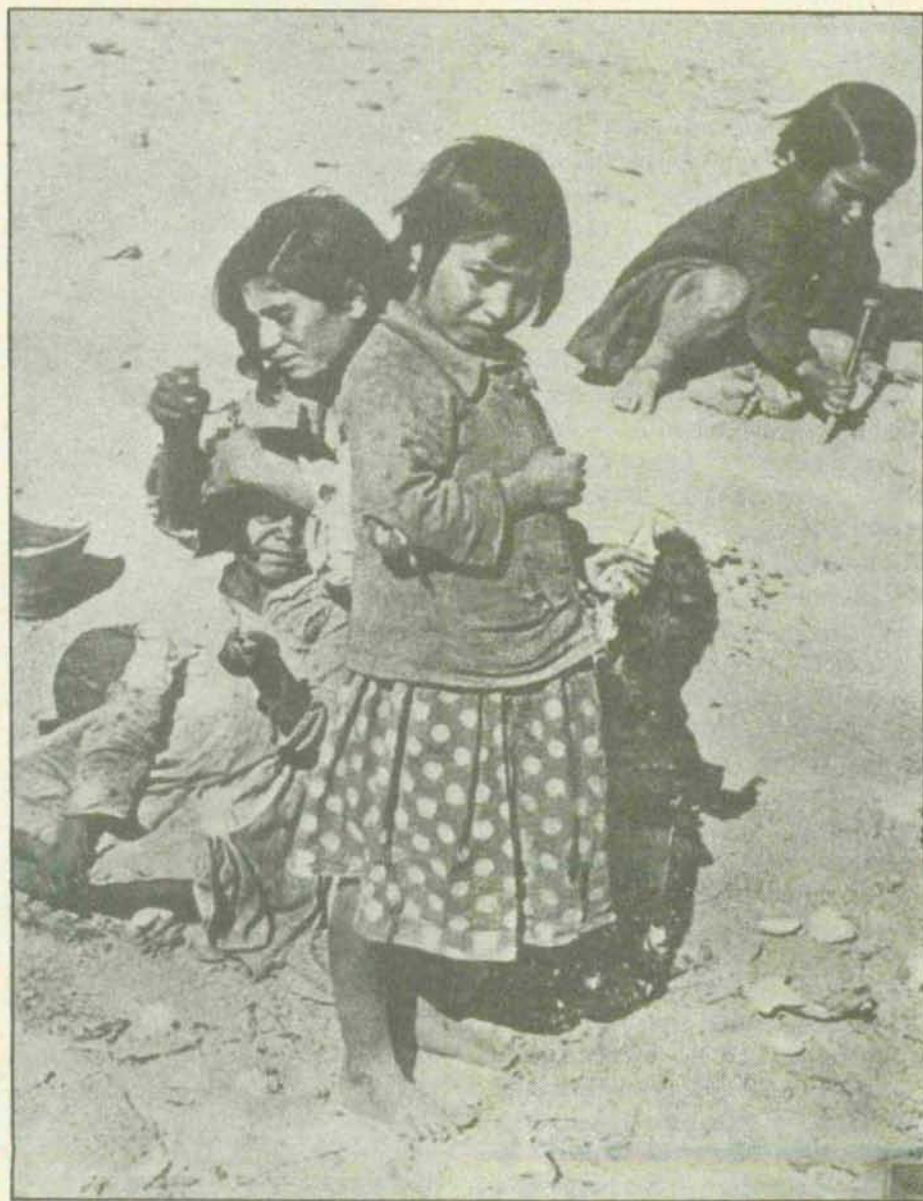
rasca (...). Según el cronista, 'se creía que se había montado un servicio con la idea de capturar a unos supuestos delincuentes...'.» (**Cambio 16**, 11 de diciembre de 1972). En el mismo número de **Cambio 16** Juan Castellá-Gassol informa de que el 3 de enero de 1970 un niño gitano de cuatro años desapareció en las aguas del Manzanarés tras ser empujado por un niño payo: «¡Aparta, gitano!», dijo. «Los bomberos llegaron cuatro horas después en un coche que sólo tenía un faro. Alumbraron con un faro durante ocho minutos y luego dijeron: 'Ni rastro del pequeño, vámonos'. Unos 700 gitanos, algunos llegados a pie desde 30 kilómetros, buscaron, en lugar de los bomberos, el cadáver del niño». En julio de ese mismo año los cinco hijos menores de la familia gitana Gabarre Fernández «nurieron carbonizados al arder la chabola que tenían por vivienda». Les fue facilitado un barracón-vivienda a los sobrevivientes: **después**. Un grupo de gitanos enviaría unas líneas a la Prensa: «A la madre se le han quemado los hijos y le dan una vivienda. ¿Para qué la quiere ya? Nos parece mal que sólo nos den viviendas cuando se queman nuestros hijos». Ignoro si esas líneas las redactó y escribió algún gitano o si fueron escritas por un payo y firmadas por los gitanos con un aspa o con los pulgares: según el Secretariado Nacional del Apostolado Gitano, por esas fechas el **noventa y cinco** por ciento de la población gitana es analfabeta.

En enero o febrero de 1975, en el diario **Hoy**, de Badajoz, y firmada por un lacónico M.M., apareció la siguiente gacetilla: «**El mal efecto de los que buscan trabajo.**— Es tradicional en Mérida el que en el cruce llamado de la Estación se encuentre, a cualquier hora del día, un grupo de gitanos que esperan la llegada de camiones a los cuales

puedan prestarle el servicio de carga y descarga. Ese hecho, tan conocido, está ocasionando ciertas molestias a comerciantes de aquella zona, por el estacionamiento en sus mismas puertas, horas y horas; es un hecho que puede solucionarse si su parada la establecieran en otra esquina, donde sólo hay un solar sin edificar. De veras que se quejan, y creemos que con razón». De veras: en los solares sin edificar suele haber algunos yerbajos, ortigas en la umbría, mierdas secas y preservativos usados. En opinión de M.M. esa flora puede ser engrosada por la fauna gitana: obtendríamos así un espacio homogéneo. El 21 de marzo de

1975 un cable de la agencia Cifra informó de la muerte de cuatro niños fitanos de entre tres y siete años, y de un gitano adulto. Este último, a tiros. Los niños, ahogados en el río Asua dentro de la furgoneta a la que las fuerzas del orden dieron el alto. El miedo ancestral de los gitanos les hizo desobedecer y huir. No se indica con claridad si los ocupantes de la furgoneta estaban o no complicados en el robo de ganado que motivó la persecución, los disparos y el mortal accidente.

En el **ABC** del 30 de noviembre del mismo año el corresponsal en Palma de Mallorca informa sobre discriminación racial en



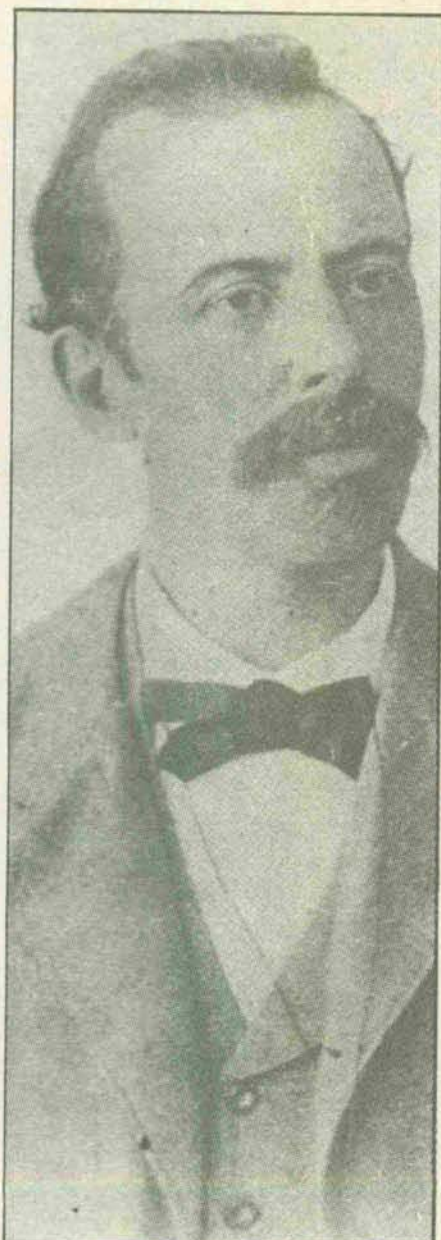
«No menos del 90 por ciento de los gitanos residentes en Madrid habitan en chabolas».



los centros de educación: «Las escuelas se niegan a admitir a los gitanos por temor a las reacciones de los padres de los restantes chicos». En *El País* del 26 de enero de 1977 nos enteramos de que igual situación discriminatoria sufren los niños gitanos del Poblado de Caño Roto y del Barrio del Lucero, en Madrid (he vivido algunos años en el Poblado de Caño Roto: no recuerdo ningún contratiempo originado por los gitanos de esa zona; absolutamente ninguno). En el mencionado Barrio del Lucero, según denuncia de su Asociación de Vecinos a *El País* del 10 de febrero del mismo año, hay 353 chabolas, la mayoría habitadas por gitanos. Son habitáculos construidos con materiales de derribo, cartones, maderas, uralita, latones. La superficie del 70 por ciento de esas chabolas es inferior a 20 metros cuadrados y el 10 por ciento no pasa de los 10 metros cuadrados. Parte de esas chabolas están habitadas por familias de cuatro o cinco personas; una parte mayor alberga a familias numerosas. La mayoría de los vecinos viven en esa zona desde hace veinte y hasta treinta años: se diría que no les viene de cara la Bolsa.

Nadie ignora, a no ser que carezca de imaginación, que decir **chabola** a secas es cometer un eufemismo. **Chabola** significa insectos, ratas, barro en invierno, posible hundimiento en época de lluvias, carencia de todo tipo de servicios. En verano, olores infecciosos procedentes de los infaltables basurales cercanos y de esa letrina común que es el descampado más próximo. **Chabola** significa humedad, «focos de enfermedades infecto-contagiosas con un alto índice de morbilidad. Los procesos bronco-pulmonares afectan, durante el período invernal al 90 por ciento de la población infantil; los procesos reumáticos, al 85 por ciento de

los mayores de 55 años. A viejos llegan muy pocos. Solamente el 3 por ciento de la población total alcanza la edad de sesenta años o algo más. Porcentaje sin igual en ningún país del llamado mundo civilizado». Tomo estas líneas de un texto aparecido en *Cambio 16* en abril del 75 y en el que el autor se refiere a los hacinamientos de chabolas que se llaman poblado de La Celsa, La Alegría (sic), Altamira y El Hierro, y adonde se llega caminando, en parte a campo través, tres o cuatro ki-



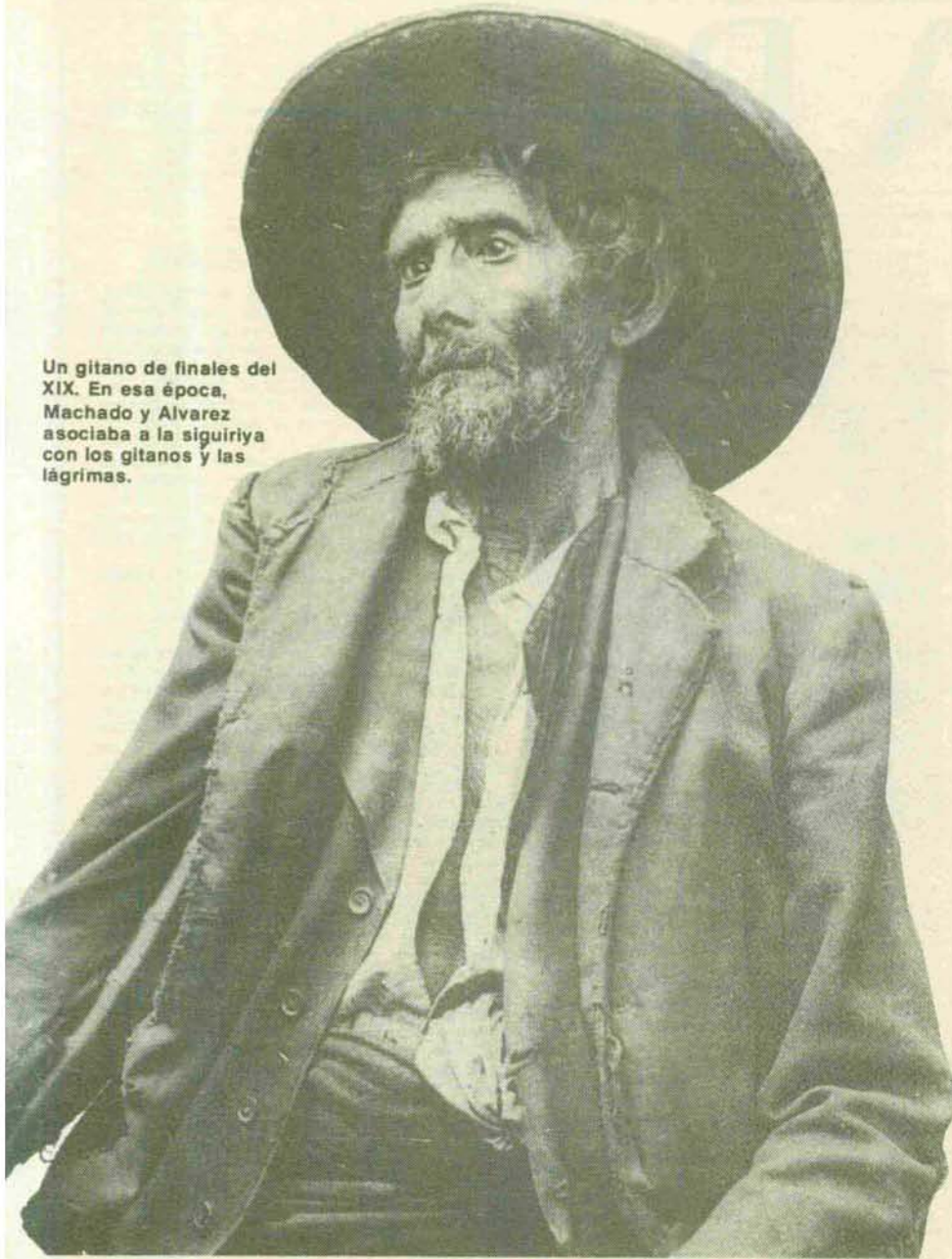
En 1881, don Antonio Machado y Alvarez llamó a las siguiriyas «verdaderas lágrimas del pueblo gitano». (En la foto, el padre de los poetas Manuel y Antonio Machado).

lómetros desde el autobús más cercano.

Unas últimas cifras: **no menos del 90 por ciento de la totalidad de los gitanos residentes en Madrid habitan en chabolas**. Este porcentaje no perderá elocuencia si añadimos que significa lo siguiente: si de los tres millones de payos empadronados en Madrid, trescientos mil de ellos habitasen viviendas de distinto pelaje y dos millones setecientos mil habitásemos en chabolas, ¿qué ocurriría? Llevemos a pasear esta pregunta por toda España, o por el Estado español, o como cada quién quiera expresarlo (que a mí me da lo mismo y, cuando pienso en las clases desposeídas, me da risa y podría producirme incluso cólera); hagámoslo del siguiente modo: de la totalidad de la población gitanoespañola un 80 por ciento carecen de trabajo fijo y de vivienda estable (sólo un cinco por ciento persisten en la vida nómada), a pesar de que **necesitan** trabajo, **buscan** trabajo, **sueñan** con trabajos fijos y **necesitan** viviendas estables. Y el 75 por ciento de la población gitanoespañola viven en barracas o en chabolas. Comparativamente, esto es como si de los 34 millones de españoles, 27 millones doscientos mil careciésemos de trabajo fijo y de vivienda estable, y 25 millones y medio viviésemos en chabolas. Esto son cifras. Démosles las vueltas que se nos antoje: no se moverán. Pensemos seriamente en esas cifras. Veintisiete millones colmados de españoles buscando trabajo y encontrando ocupaciones temporeras u ocasionales y con sueldos de hambre, y veinticinco millones y medio de españoles habitando en barracones y chabolas. ¿Qué ocurriría? ¿Qué debería ocurrir? ¿Cómo administrarían esas cifras los presidentes de los Consejos de administración? De tales cifras, ¿qué interés obtendrían los banqueros? ¿Qué



Un gitano de finales del XIX. En esa época, Machado y Alvarez asociaba a la siguiriya con los gitanos y las lágrimas.



harían al borde de su piscina particular los grandes propietarios? ¿El salto del ángel? ¿Y cuántos chabolistas haríamos el salto del tigre?

Claro que cabe una matización: ellos son gitanos y nosotros personas corrientes. «Se asegura [ha escrito un tal Tróchez] que los gitanos sienten un gran desprecio por la especie humana; que la odian a muerte y que nada les importa hacerle cualquier daño. Solamente tienen amor por los miembros de su raza. Pero no vamos a negar que algunos gitanos se han civilizado; se han vuelto cultos hasta confundirse, aparentemente,

con las personas del mundo corriente». Esas líneas aparecieron en la revista *Imágenes*, de Tegucigalpa, en 1973. No tienen desperdicio. Sostienen que «se asegura» (¿quién?) que estos subhumanos sienten un gran desprecio por los humanos. La distancia ya queda establecida. Que nos odian a muerte (más atrás vimos algunos hechos que parecen indicar lo contrario: los «humanos» exterminaban a estas gentes). Que sólo se aman entre sí: lo cual es cierto y no lo es. En líneas generales, es cierto, y es también sumamente conmovedor: la tan publicitada familia occidental

tiene bastante que aprender de la estructura familiar gitana. También es cierto que los distintos linajes que forman la raza gitana se odian a veces entre sí, y se matan: forma parte de su código de leyes. Qué antigüedad y qué volumen de desesperación alienta en el subsuelo de ese código es cosa digna de ser correctamente examinada. Tróchez se tranquiliza asegurando que algunos de estos subhumanos son ya tan cultos que logran confundirse con las personas: aunque sólo «aparentemente». Señor Tróchez: ¿no le da a usted vergüenza ser tan malvado, o tan bestialmente ignorante? Porque semejante ignorancia debiera producir en don Raúl Gilberto Tróchez, por lo menos, vergüenza: es el Director de la Biblioteca Nacional de Honduras (o lo era en 1973). Lo único piadoso en ese parlamento del señor Director es que, tal vez, habrá pensado que los gitanos no podrán leerlo: suelen ser, afortunadamente, analfabetos. De no ser así, buena pedrada la suya en la frente de los gitanos, señor Tróchez.

¿Volvemos al flamenco? **Tiro piedras por la calle, / al que le dé que perdone, / que tengo la cabecita loca / de tantas cavilaciones**, dice una famosa soleá del siglo pasado —cuyo creador, por lo demás, seguramente no tiraba piedras, sino quizá las recibía. ¡Mientras sólo sean piedras! En el año 1881 y en Sevilla, don Antonio Machado y Alvarez definió las siguiriyas como «verdaderas lágrimas del pueblo gitano». Casi un siglo después, esas lágrimas testarudas siguen cayendo como una lluvia racheada, casi como una tormenta de consuelo y desconuelo. Pero el gitano, y el andaluz pobre, y Andalucía, los tres cementos que con el agua vieja de una vieja tradición musical amasaron el cante, ¿hallan consuelo en el flamenco para todo su desconuelo? ■ F. G.